

mano, complaciéndose en las humillaciones que sufrían los hebreos.

—El que cierra para siempre las puertas del Sanhedrin; — contestóle Onkelos con rabia mal disimulada.

—¿Cómo os habeis, pues, atrevido á usurparme las atribuciones, juntándoos para condenar á un *hermano vuestro*, cuando sabíais que no teníais semejantes facultades? ¿A fe mía que si álguien parece sedicioso aquí, no es por cierto el Nazareno.

Los judíos bajaron la cabeza al oír esta amenaza latente en boca de Pilatos, y tal vez empezaron á temer terribles consecuencias, puesto que observaban cuánto con su proceder habían herido el amor propio del pretor.

En su consecuencia callaron, esperando á que Pilatos tornara de nuevo á hablarles. Esto no se hizo aguardar mucho, por cierto, toda vez que el Pretor siguió diciendo:

—En conclusion; ¿de qué acusais á Jesús de Nazareth? Sepamos de una vez á qué debo atenerme, para juzgar de su culpabilidad ó de su inocencia.

—Del crimen de alta traicion.

—¿Y qué pena merece por ese crimen?

—La muerte: — respondieron todos á la vez.

—Le examinaré atentamente, y si le hallo culpable, el peso de la ley caerá con todo rigor sobre él, mas si por fortuna le encuentro inocente, entonces...

Pilatos tendió una mirada terriblemente amenazadora por toda la estension de la plaza, y luego concluyó la frase, bajando mas la voz, pero dándole un tono terriblemente fiero:

—Entonces se hará tambien justicia, y Roma sabrá vindicar cumplidamente la inocencia calumniada.

Dicho esto, que llegó á los oídos de los sacerdotes, como llega el eco del trueno á los de la medrosa niña, Pilatos retiróse del balcón, para ir á interrogar al Cristo, á quien suponía inocente.

CAPITULO VI.

El Juez de los cielos delante del juez de la tierra.

Jesucristo, con la cabeza inclinada y los ojos clavados humildemente en tierra, permanecía en el mismo lugar donde poco antes le dejara el Pretor romano.

Nunca ningun hombre habia guardado delante de su juez una actitud tan humilde, tan digna, y á la vez tan llena de majestad, como la que guardaba en el pretorio el divino Redentor. Para convencerse de si era culpable ó criminal, no era necesario apelar á otras pruebas; su porte inimitable decia mas en su favor, de lo que hubieran podido decir largos volúmenes, empleados en probar su inocencia inmaculada. Jesucristo se ofrecia como víctima, pero no consentia de ningun modo en pasar por criminal. Era Dios, era la misma inocencia, y si su amor á los hombres le conducia á la muerte infamante del patíbulo, su amor á la justicia, á su decoro y á su dignidad, no podían tampoco tolerar que apareciera criminal en nada ni para nada. En este caso su muerte redentora no hubiera sido mas que la muerte ordinaria de un criminal, en quien la justicia castiga las iniquidades perpetradas, y debia pare-

cer y ser realmente un sacrificio espontáneo, que la inmaculada inocencia del Salvador del mundo iba á ofrecer para la remision de las culpas y pecados de los hombres, hasta de aquellos mismos que le acusaban, hasta de los mismos que debian sentenciarle y condenarle al patíbulo de la cruz.

Por eso Jesucristo comunicaba á su rostro y á su porte aquella espresion particular de su inocencia. Pilatos no debia dudar de ella un momento siquiera, porque esta duda impía hubiese sido una terrible ofensa á Dios, ofensa que el Hijo del Altísimo debia impedir, aun cuando para lograrlo, le fuese preciso acudir al recurso de su omnipotencia invencible.

El que iba á morir para abrirnos las puertas del cielo, y restablecernos en la amistad de Dios, debia caer como un mártir y no como un criminal; debia espirar con honra divina, y no con la deshonra con que espiran los desgraciados que mueren por sus delitos en un patíbulo.

Pilatos al hallarse frente á Jesucristo, sin saber por qué, se encontraba estrañamente impresionado. La majestad de la inocencia divina obraba poderosa, irresistible, sobre la débil criatura que iba á interrogarla para formular un juicio trascendental.

Dominado por emocion tan estraña é inesplicable, el Pretor contempló admirado á Cristo. Su fortaleza, su heroismo, y la grandeza con que Jesús se le presentaba, teníanle verdaderamente impresionado.

Despues de unos momentos pasados en esta contemplacion, tan particular en concepto de Pilatos, dijo al divino Redentor, con la misma entonacion que emplearia para reconciliarse con un enemigo de quien necesitara para el porvenir:

—Voy á interrogarte, y deseo que me contestes con toda ingenuidad y franqueza. Observa que soy tu juez, y que tengo derecho á que me respondas; ten presente que una palabra mia así puede llevarte al Gólgota, como puede devolvete la libertad. Por otra parte, no sé por qué causa me veo casi forzado á hablarte de una manera bien singular para un juez; he puesto además en libertad tus manos, haciendo caer de ellas las cuerdas y cadenas que las oprimian: todo esto me da derecho á que me hables en confianza, á que contestes sin vacilacion á mis preguntas.

—Deseo que empieces á preguntarme, para que veas en mis contestaciones cuánto aprecio las distinciones que te he merecido:— respondió humildemente Jesús á Pilatos.

—Pues bien, dime; ¿por qué causa tus acusadores te profesan un odio tan implacable?

—Dios solo lee en el secreto de sus corazones, y al hombre no le es permitido escrutar los pliegues mas recónditos del alma.

—Tu contestacion parece una evasiva, pero puesto que evitas la respuesta, concretaré mas la pregunta: te diré; ¿qué has hecho á tus acusadores, para inspirarles el odio implacable que te profesan?

—Yo no les he hecho mas que bien; yo no les he deseado nunca mas que el bien supremo, y por eso, obedeciendo á la voluntad de Dios, he reprendido los vicios á los hombres. Es probable que esta sea la causa de que esos pobres, amigos míos, tan amados de mi corazon, me aborrezcan tanto...

—¿Y sabes que intentos les animan con respecto á tí?

—Sé que quieren mi muerte.

—¿Y les amas aun?— preguntó Pilatos no compren-

diendo la grandeza infinita del divino Ser con quien absorto hablaba.

—Les amo mas que nunca.

—Estraño amor, por cierto, es el tuyo, y si en tus palabras no hubiera un *no sé qué*, que me obliga á creer que dices la verdad, dudaria de cuanto me acabas de decir.

Luego haciendo una pausa, durante la cual miró á Jesucristo con verdadero asombro, y como si tuviera delante un Ser de una grandeza inesplicable, prosiguió:

—¿Sabes, pues, de qué te acusan tus enemigos?

—Me han leído la sentencia del Sanhedrin.

—Pues ahora ya no es de esa sentencia de lo que se acuerdan; ahora han echado en olvido los motivos porque te condenaron ellos á muerte; ahora quieren que yo te sentencie por delitos políticos, por crímenes de alta traicion. ¿Comprendes tú á tus compatriotas? ¿Merece, dí, el pueblo de Israel la independenciam á que tanto aspira?

—Dios, que rige los destinos del mundo, tiene marcados los de Israel y los de Roma. Lo que la divinidad ha decidido, aquello se cumplirá necesariamente.

—¿Esperas, pues, en el porvenir de Israel?—preguntó Pilatos capciosamente.

—Mi corazon espera tan solo en el porvenir de la humanidad.

—Particular es tu desprendimiento, y me asombra grandemente. ¿No deseas la grandeza de tu patria? ¿No deseas la gloria de tus hermanos.

—Sí.

—¿Cómo, pues, deben entenderse tus palabras de que solo esperas en el porvenir de la humanidad?

—Los mortales son mis hermanos, nuestra patria comun

es el cielo. Hé ahí como deben entenderse las palabras que has citado.

Desconcertado Pilatos hizo una breve pausa, y luego haciendo una repentina transicion, dijo:

—Dime: ¿eres tú el rey de los judíos?

Jesucristo le contestó á su vez con la siguiente pregunta:

—¿Lo que me preguntas es una inspiracion tuya, ó lo haces porque los otros te lo han dicho?

—¿Soy yo acaso judío, para que pueda estar al corriente de todas vuestras creencias, esperanzas y preocupaciones? ¿Pertenezco yo á vuestra nacion, para que esté al tanto de todo lo que os afecta y exalta? Tu mismo pueblo, y á su frente los príncipes de los sacerdotes, te han puesto en mi poder para que te condenara; te han acusado de crímenes religiosos primero, luego de crímenes comunes, y por fin de crímenes políticos. Desean que te condene á muerte, y yo, como puedes ver, me hallo dispuesto á hacer justicia. Por mi parte, poco me importan los crímenes religiosos de que te acusan; no creo en los delitos comunes de que pretenden hacerte reo, y espero que te sineseres de los delitos políticos que presentan contra tí, para ponerte en libertad. Dime, pues; ¿qué es lo que has hecho tú?

—Diferentes veces te he dicho;—respondió Jesucristo con mansedumbre, humildad y majestad á la vez;—que no he cometido crimen ni delito alguno, y que mi delito es solo amar á los mortales como los hombres no saben amar.

—¿Con que tú te conceptuas inocente?

—Y lo soy sin duda.

—Sabes que uno de los crímenes que te imputan es el

de hacerte rey de Israel, conspirando contra Roma, y procurando sublevar las masas hebreas, para arrojarlas contra el imperio. ¿Qué dices á esta acusacion?

—Yo no he sublevado nunca á nadie; yo no he descendido al mundo llevando miras ambiciosas, que son harto mezquinas siendo materiales. He venido á sublevar, pero no la Judea contra Roma, sino á los hombres contra el pecado; he venido á llevar la guerra en el mundo, pero no esa guerra que destruye los imperios, y que siembra por todas partes la desolacion y el llanto, la ruina y la muerte, sino la guerra interior llevada á las malas pasiones, para enaltecer al hombre colocándole en el pináculo de su dignidad.

—¿Qué estraña manía filosófica es la tuya?— preguntó Pilatos, cada vez mas admirado, á Cristo.

—Es la voz del Criador Supremo que habla al mundo, ganoso de dar la felicidad á sus criaturas.

—¡Estraña filosofía! ¡Singular y sofística contestacion!... ¿Y me atreveré á condenar á este hombre, que brilla en el mundo de los sábios, como el lucero mas radioso y esplendente brilla en la anchurosa esfera de los cielos?—dijo Pilatos para sí, mirando á Cristo con el respeto con que los romanos miraban á sus semidioses.

Pilatos sentia, sin esplicarse, la grandeza de Cristo, y á su modo no podia hacer otra cosa que humillarse y adorarle. El genio divino se sobreponia á la autoridad y á la jactancia de un hombre. ¿Qué podia hacer el hombre sino humillarse rendidamente ante el genio de Dios?

Poncio el pretor siguió interrogando á Jesús. Deseaba oírle, porque nunca habia percibido música mas grata que la de las palabras del Cristo; nunca oyera conceptos que, como aquellos, le subyugaran tanto y tan poderosamente.

Así es que Pilatos acaso preguntaba ya al Cristo, no para convencerse de su inocencia, puesto que no dudaba de ella, sino para oír el ritmo de su dulce voz, y la sublime grandeza de los conceptos divinos.

—Desearia no haber comprendido mal tus palabras, y por ellas deduzco que tú eres rey.

—Mi reino no es como los de este mundo; mi reino no proviene de este mundo. Ya te he dicho que no venia á llevar la guerra á la tierra, sino á las almas, para santificarlas por medio de la victoria que alcancen sobre las pasiones malas. ¿Es acaso el imperio de la dicha eterna imperio terrenal? Si mi reino fuese terreno, ¿crees tú que mis vasallos fieles no hubieran luchado victoriosamente, para impedir que los judíos se apoderaran de mí? Mas te repito; no hay nadie en la tierra capaz de darme el reinado que es mi propiedad, y por consiguiente, este reinado no viene á mí de parte de los hombres, sino de parte del que se halla sentado en la gloria eterna.

Esta contestacion tan grande y sencilla á la par; esta contestacion que ha puesto siempre en duda á los que como Pilatos la oían, sin la conveniente disposicion de alma para entenderla; esta contestacion de la que tantas veces se ha querido hacer un arma contra el poder temporal de la Santa Sede, el esposo de Claudia no la entendió, y como juzgaba á Cristo un gran filósofo, pensó tal vez que era un habilitoso sofisma, para evitar la terrible accion de la ley, que en otro sentido hubiérale aplicado Roma al Cristo Dios.

¡Qué desgracia que discípulos del Salvador entiendan, ó pretendan entender, peor aun que Pilatos, la contestacion que Jesucristo acababa de dar al Pretor romano!... ¿Hay acaso nada mas sencillo que la respuesta del Señor? Su reino no proviene de este mundo; luego la procedencia del

reinado de Cristo proviene de Dios, Señor absoluto de todas las cosas. ¿Qué posesion mas legítima de su reino podia alegar el Cristo, cuando decia que no se lo habian dado los hombres, sino que se lo habia dado el Altísimo? Jesucristo confesaba que era rey y rey legítimo, pero no de esta ó de aquella parte de la tierra, sino de todo el imperio de la creacion, y haciendo lo que ningun rey ha sido nunca capaz de hacer, ofreciase al mas cruel martirio, para mejorar la situacion temporal y eterna de tus criaturas racionales. Y en prueba de que no renunciaba al imperio de las cosas de este mundo, no dijo á Pilatos que su reino no se hallaba en este mundo, sino que la procedencia, el punto de donde dimanaba la autoridad que tenia sobre su reino, sobre sus criaturas, no era procedencia terrenal, sino divina.

¿Á qué quedan reducidos, pues, los sofismas de algunos ignorantes y malvados, que se atreven á hacer servir las palabras de Cristo de armas contra instituciones venerandas? Jesucristo no dijo que su reino no estaba en este mundo; Jesucristo no podia decirlo, cuando haciéndose hombre habia venido á tomar posesion de su reinado, y á conquistarlo por medio de su muerte; Jesucristo ganó el mundo á Satanás y con su muerte terminó la conquista. ¿Cómo podia decir que no estaba su imperio en el mundo, cuando venia á conquistarle para su reino amoroso? ¿Cómo podia decir que su reino no estaba en este mundo, cuando sabia que su ley divina debia imponerse y observarse por todos los hombres? Y si Cristo conquistó á Satanás la tierra, y si esta conquista costó al Dios Hombre toda su sangre, toda su vida, y morir en los mayores tormentos y en la mayor ignominia, ¿por qué razon han de disputar los hombres al Cristo el pequeño reino, ó la pequeña propiedad, que para asegurar su independenciam quiere dar al Papa

su Vicario, y á los sacerdotes sus ministros? Si la procedencia del reino de Cristo era divina, ¿quién con mas derechos que él para disponer de las partes de su reino, y de darlas al que en los misterios de la divina economía, crea Dios mas prudente para asegurar la independenciam de su Vicario infalible, y la subsistencia de los ministros del Santuario?

Pero vemos que nos hemos estendido demasiado en la esplicacion de la respuesta de Cristo á Pilatos, mas si el sentido de esa contestacion no se hubiera torcido con tan insignificante mala fe, tal vez hubiéramosla dejado pasar desapercibida, cosa que nuestra cualidad de escritores católicos, y de adictos hijos de la Santa Sede, no nos ha permitido hacer ahora.

Pilatos, deseando conducir el razonamiento á un punto mas explícito y concreto, pensó conseguir sus intentos diciendo á Jesús:

—Por lo que se deduce de tus palabras, tú eres rey.

—Sin duda alguna que rey soy yo.

—¡Situacion bien singular es la tuya! ¿Qué rey se ha visto en el mundo como tú te ves?... ¿Y dónde está tu reino?

—Mi solio se levanta sobre las regiones de la eternidad y de la bienaventuranza sin fin.

—¡Y por cierto;—observó Pilatos con una leve sonrisa de ironía;—que tu situacion actual nada indica del esplendor de tu solio!

—¿Has visto nunca, ó Pretor, triunfante la verdad en la tierra? ¿Has dejado de verla nunca perseguida y vilipendiada? Si, pues, tan triste es el destino de la verdad en la tierra, ¿cómo quieres que yo dejara de ser tratado de otro modo por los hombres?

—¿En qué consiste tu extraño imperio?—preguntó Pi-

latos asombrado, no sabiendo ya qué hacerse, si caer á las plantas de Jesús para adorarle, ó si ponerse á reir á grandes carcajadas, tomándole por un loco singular.

—Mi imperio consiste en el reinado de la verdad: —respondióle Cristo, majestuosa y á la par sencilla y humildemente.

—¿Con que tú eres el rey de la verdad? —siguió Pilatos preguntando, al tiempo que acentuaba mas la irónica sonrisa de sus labios, sonrisa producida por su escepticismo sofístico.

—Sí; yo soy el rey de la verdad, y para dar testimonio de ella, es porque yo he nacido y venido al mundo.

—¿La verdad será tu alma, pues? —continuó Pilatos preguntando y sonriendo.

—El que busca y quiere la verdad oye mi voz con aplauso: —respondió Jesucristo no haciendo caso, ni de la sonrisa irónica del pretor, ni de la escéptica curiosidad que le impelia á preguntarle.

La insistencia de Jesucristo en este punto chocó en gran manera á Pilatos, toda vez que, educado en las escuelas sofisticas de Roma, profesaba el principio falso de que la verdad no existe, puesto que todas las opiniones, por mas contradictorias que sean, tienen razones en pro y en contra, que se balancean y equilibran, neutralizándose, por decirlo así, de esta manera.

Conforme con estas opiniones, hizo Pilatos un espresivo movimiento con los ojos y la frente, y encogiéndose de hombros, sin por eso dejar de sonreír, pero sonriendo de un modo muy amargo, de un modo que revelaba todas las dudas que se encerraban en su alma, dijo:

—¡La verdad!... Tú que vienes para dar testimonio de ella; tú que tienes en ella tu imperio, ¿podrías sacarme

de dudas? ¿podrías decirme si por acaso existe? ¿podrías probarme que no es una hermosa mentira? ¿podrías, en una palabra, definírmela, y decirme en qué consiste, y qué cosa es?

—¿No dicen en Roma los de tu escuela, ó Pretor, que la verdad es el hombre que se halla presente (1)? Pues bien, yo soy ese hombre, yo soy la verdad.

Al oír afirmacion tan rotunda, Pilatos quedóse asombrado. Las palabras de Cristo tenían una majestad tan grande y á la par una fuerza de convicción tan sublime, que el Pretor hallóse por algunos momentos perplejo, y sin saber que decir. Durante aquellos momentos el acusado parecia el juez, y este parecia el acusado.

Por fin haciendo Pilatos un esfuerzo supremo, salió del abatimiento y confusion en que se hallaba por la respuesta del Salvador, y dijo:

—Han llegado tambien á tu noticia, por lo que veo, las disputas de nuestras escuelas filosóficas, y aun cuando te suponía muy instruido, nunca presumiera que llegaras á serlo tanto. ¡Qué lástima que no seas romano, porque entonces tu fama y tu ciencia hubieran atronado al mundo, y á buen seguro que mis compatricios no hubieran procedido contigo con la ingratitud que proceden, ingratitud de la que solo la Grecia ofrece un ejemplo, con el envenenamiento oficial de Sócrates!

(1) La contestacion de Jesucristo á Pilatos no tiene en castellano la fuerza que tiene en latin. Los sofistas romanos preguntaban: *Quid est veritas?* Y como ya hemos dicho que no creían en la existencia absoluta de la verdad, contestaban á la pregunta con una sutileza de ingenio, en la que habia mucho de ironía; esta sutileza era un anagrama de la pregunta *Quid est veritas?* este anagrama tan ingenioso como escéptico y sofístico, era la siguiente contestacion: *Est vir qui adest*, esto es: *Es el hombre que se halla presente*. La contestacion de Jesús á la pregunta del pretor, era la única vez que salía necesaria y absolutamente cierta.

—Cuando el Padre celestial ha querido que naciera en Israel, es sin duda porque aquí me convenia nacer.

—¿Y te conviene acaso morir en un patíbulo afrentoso, como tus compatriotas desean que mueras?

—Si el Padre celestial lo ha dispuesto así, sin ningun género de duda que la afrentosa muerte será la que mejor conviene á mis destinos.

—¿Á los destinos de la verdad, querrás decir? — preguntó Pilatos volviendo de nuevo á su sonrisa irónica y escéptica.

—Ya que tú lo dices, yo no tengo empacho en confesarlo: si mi Padre celestial ha dispuesto que muera en un patíbulo por los destinos de la verdad, no tiene duda que mi afrentosa muerte es la que mejor conviene á aquellos destinos.

—¡Cosa será de ver, si los hombres llegan á sentenciarte, que espire en una cruz el que se predica por rey de la verdad!

Y haciendo una pausa, como para meditar sus últimas palabras, prosiguió siempre con amarga ironía.

—¿Y cómo ha de morar la verdad en este mundo, si los compatriotas del rey de la verdad, intentan hacerle morir cual si fuese un criminal?

En la sonrisa de Pilatos habia una amargura indecible. ¿Era tal vez que sentia lo que de decir acababa, y en este caso, rebelábase su corazon contra la injusticia y la maldad de los hebreos, ó era que su alma desesperábase dentro del encierro de su cuerpo, pensando en lo triste que era fluctuar siempre en la mentira, colocada en un eterno crepúsculo? ¿Era que el espíritu del pretor tenia necesidad de la existencia de la verdad, y en consecuencia, aquella ironía desesperada era un sarcasmo arrojado al rostro de la escuela filosófica y del pueblo á que pertenecía?

Lo ignoramos, pero lo cierto es que Pilatos acababa de

proferir una gran verdad sin conocerlo tal vez, y aquella verdad tenia mas amargura que el absintio y la mirra. ¿Cómo podia dejar de hallarse saturada de esta amargura la sonrisa que vagaba por los labios del pretor, como vaga un fuego fátuo en las calurosas noches del estío, sobre la fosa recién abierta en un cementerio, ó sobre las aguas de un lago, cuyas emanaciones pútridas llenan la atmósfera?

.....

¿Qué cosa es la verdad?

Hé ahí una pregunta que encarna una cuestion por la cual se nos revela, no solo el estado de racionalismo teológico de la época de la muerte del Redentor, sino tambien muy particularmente el de la época actual, en todo lo que se refiere al protestantismo y demás sectas y herejías que, llamándose cristianas, procuran cubrir con este santo calificativo la fealdad repugnante de un ateismo, tanto mas asqueroso y repulsivo, cuanto mas hipócrita y engañoso.

Pero ciñéndonos al protestantismo, dirémos que aun hoy se halla como Pilatos á la pregunta: *¿Qué es la verdad?* sin que haya sabido, ni podido darla una contestacion espresa y categórica; sin que haya podido ni sabido salir de la duda escéptica y amarga en que Pilatos se hallaba, cuando la dirigió al Salvador del mundo.

En la extrema division de sectas en que el protestantismo se halla dividido, este no puede ni sabe contestar á la pregunta del gobernador romano, y por mas que Jesucristo les diga como á Pilatos, que la verdad está donde se halla el Redentor, y por mas pruebas que tengan de que Jesús solo se halla en la unidad de la Iglesia católica romana, ellos se muestran sordos al llamamiento, se formulan la pregunta que Pilatos dirigió á Cristo, y mirándose

los unos á los otros con admiracion, no saben qué contes-
tarse, no saben á qué atenerse, no saben si la verdad está
con ellos, ó si está contra ellos; no saben si la verdad es
la impostura que profesan, ó la impostura y farsa reli-
giosa que profesan otros protestantes de diferente escuela.
Y esta vacilacion eterna, es lo que en el protestantismo
produce tantas sectas cuantos dias van transcurriendo.
¿Será la verdad la secta de Lutero, fraile apóstata y casado
con una monja, ó la de Jacinto Loysson, fraile apóstata de
nuestros tiempos, y casado tambien? ¿Será la verdad la
que defienden los que pertenecen á la secta de los *danza-
rines*, que festejan á Dios bailando y haciendo piruetas, ó
la de los mormones, entre quienes cada mujer tiene un
serrallo de hombres? Y entre las innumerables sectas que
se llaman protestantes; entre esas sectas que convierten al
Espíritu Santo en un embustero y en el espíritu del enga-
ño, que falsean la doctrina de Jesucristo hasta llegar al ri-
dículo, entre ese número infinito de sectas, que todas se
llaman protestantes, ¿cuál de ellas será la verdad? ¿Cuál
de ellas hallaráse inspirada por la verdad? ¿Cuál de ellas
se encontrará en la posesion plena de la verdad?

¿Qué es la verdad?

Hé ahí una pregunta que todos los dias oimos en boca
y en los hechos de los protestantes, de los protestantes que
negándose á reconocer que solo hay una Iglesia, fuera de
la cual no puede haber salvacion, se empeñan en buscar
la verdad, donde no puede existir, donde es imposible que
more, porque es imposible que la verdad more en las som-
bras del error, y que divague por entre tinieblas y móns-
truos, como las sombras de los pobres, segun los paganos,
divagaban por las orillas de la laguna Estigia:

Y esto es óbvio, porque los protestantes niegan en la

práctica que haya verdad universal ó católica, y por con-
siguiente, establecen así el principio de que tampoco existe
la certeza absoluta, puesto que las diferentes sectas de la
Reforma se dividen entre sí, (si la locucion se nos per-
mite), los fragmentos de la revelacion, y establecen que,
como todas las sectas de que se compone, son buenas y
ciertas, todas deben ser igualmente toleradas y admitidas.

Extraño modo de deducir, si estas deducciones no fue-
sen inspiradas por un espíritu de refinado ateismo, mas
refinado cuanto mas hipócrita, y mas dañino cuanto mas
engañador. Lutero establece un principio, Calvino esta-
blece otro, Enrique VIII establece un tercero, diferente de
los dos anteriores. Pues bien; para cada uno de estos tres
libertinos, la religion que fundan los otros dos es verdad, sin
que por eso deje de serlo la suya propia, por mas que en
muchos puntos trascendentales sea diferente de las otras
dos. ¿Dónde está, pues, la verdad? ¿Se halla en el seno de
la contradiccion y del embuste? ¿Será, acaso, que la men-
tura es la crisálida de la verdad, antes que esta llegue á su
cabal desarrollo, en el acto de romper el capullo y tomar
las alas de la mariposa?

¿Qué es la verdad, pues, para los protestantes? ¿Se ha-
llan ó no los de las sectas reformadas, en el estado de so-
fístico escepticismo en que Pilatos y los de su escuela se
hallaban á la época de la muerte de Jesús?

¿Qué es la verdad, volvemos á preguntar, si la busca-
mos fuera de la Iglesia católica; si la buscamos léjos de
Aquel que dijo al pretor de la Judea: — La verdad es el
hombre que tienes á tu presencia?

Mas volviendo á Pilatos, y dejando á los protestantes que

se las hayan con sus eternas contradicciones, dirémos que el pretor de la Judea, sin esperar á que Jesucristo le contestara, abandonóle para dirigirse de nuevo al balcon, desde el que hémosle visto hablar á los judíos.

El esposo de Prócula hallábase firmemente persuadido ya de la completa inocencia del Señor, y aunque para llegar á esta conclusion, no necesitaba por cierto de las contestaciones que le diera el Cristo, estas contestaciones sin embargo acabaron de persuadirle de que, por lo menos, Jesús era el hombre mas pacífico y mas inocente de la Judea.

En esta conviccion, pues, dirigióse á la galería en que poco antes le hemos visto, animado del deseo de libertar á Cristo, no ya para mortificar á los príncipes del pueblo hebreo que le demandaban su muerte, sino para obrar justicia, para tener el placer de defender á un hombre inocente, y que el Pretor reputaba además, si no por un Dios, (puesto que no creía en nada), por un gran sábio.

Pero cuando la idea de obrar justicia empezó á animar y mover el espíritu de Pilatos; cuando aquel teson que hemos visto en él poco antes, empezó á dejar de ser el teson de la venganza, entonces el gobernador empezó tambien á perder la fuerza de voluntad, y los príncipes de los sacerdotes dieron un gran paso en la criminal carrera que seguian, porque el juez romano flaqueaba.

¡Oh! ¡cuánto se alegraran Anás y Caifás, Onkelos y Eleazar, si les hubiese sido dable penetrar hasta el fondo del corazon de Pilatos, para persuadirse de cuanto en él habian ganado las violencias de los judíos, desde el momento que la razon del Pretor habia quitado mucha fuerza á la energía que poco antes le prestara la pasion! ¡Cuán cierto es que la muerte del divino Redentor debia ser obra y producto de la injusticia mas criminal; y de las aberraciones

mas asquerosas de los hombres! La justicia y la verdad eran acusadas de criminales, y se pedia contra ellas la muerte y el esterminio; si esta justicia y esta verdad debian llegar hasta el Calvario, ¿quién sino el espíritu de la injusticia y de la mentira debia condenarlas á la muerte afrentosa del patíbulo? Si se hubiera de sentenciar á perecer á la luz del dia, ¿quién sino la noche mas oscura y tenebrosa podria naturalmente dictar el fallo supremo?

Por eso mientras que en aquel espantoso crimen la razon y el espíritu de justicia irradiaban sobre Pilatos, la fuerza de voluntad empezaba á desaparecer en el Pretor, á medida que desaparecia la fuerza violenta y ciega de la pasion. Si el gobernador de Roma hubiese de librar á Jesucristo, no lo hiciera por cierto atendiendo á la inmaculada inocencia del divino Nazareno, sino al deseo de dar una bofetada, y de hacer sufrir una nueva humillacion á los judíos que poco antes le condenaran: así se comprende que Pilatos se mostrara débil cuando la razon le iluminaba, cuando, por decirlo así, palpaba la inmaculada inocencia del divino Redentor, y que se mostrara fuerte, mientras que las oleadas de la pasion agitaban su pecho.

¡Estraña anomalía! ¡Vergonzoso carácter de un juez, á quien quita fuerzas lo que debe dárselas, y se las da lo que es indigno de un hombre puesto para juzgar á un pueblo!

En esta situacion, y mientras se dirigia á la galería ó balcon que daba á la plaza del pretorio, Pilatos iba diciéndose:

—Ese hombre es inocente, no cabe duda; ¡es inmaculado como los destellos mas puros que tiene la aurora! ¡Es tan sábio que honraria al mismo imperio de Roma, y fuera el joyel mas preciado de la diadema de Tiberio, pero ¿por qué capricho, la suerte hále hecho nacer en esta tierra donde solo medran los audaces, donde solo imperan

las pasiones, y donde los sacerdotes y los grandes no adoran otra divinidad que su egoísmo nauseabundo? Él es inocente, pero como es que el destino ha querido que viniera al mundo en una tierra, que lejos de comprenderle procura desentenderse de él, ¿no puede también el mismo destino querer que muera enclavado en una cruz, para que de este modo la fatalidad pueda arrojar su asqueroso esputo, al rostro inmaculado de la más patente inocencia? Yo haré todo lo posible para salvar á Jesús; pero ¿puedo luchar acaso con el brazo partido contra el destino, sin que mi brazo quede hecho pedazos, y sea inútil el esfuerzo que para salvar al inocente haya hecho?... Tu causa, Jesús, corré á cargo de tu suerte próspera ó adversa; yo procuraré salvarte, pero si los dos hemos de perecer, te acompañaré hasta el borde del abismo, y allí mientras que tú caerás, procuraré tenerme firme para no desplomarme también contigo. ¿No habré hecho acaso todo lo posible para salvarte? ¿Existe alguna ley divina ó humana que me obligue á precipitarme contigo al fondo del precipicio, por la sola razón de no haberme sido fácil librar tu inocencia, del furor y de la rabia con que tus enemigos la amenazan y pretenden reducirla á polvo? ¿Y no habré hecho así lo bastante en obsequio de un hombre á quien no conozco, y que ni es siquiera compatriota mio?... Jesús de Nazareth, yo procuraré salvarte, pero no esperes que para lograrlo me empeñe en luchar con la fatalidad del hado que preside á tus destinos. Yo no haré nunca causa mia tu causa; yo no quiero perderme ni contigo, ni por tu causa!...

Y diciendo esto apareció en el balcón, hondamente impresionado. El disgusto que sentía hallábase escrito en su rostro, con los caracteres acendrados con que lo escribe una arruga en la frente, y una mirada fosca y pavorosa.

¡Aquel juez débil, aquel hombre puesto en Jerusalem para administrar justicia al pueblo de Israel á nombre de Roma, creía que el único deber de los jueces era esforzarse por libertar á los acusados que aparecían inocentes, sin luchar con todas sus fuerzas para conseguir el triunfo de la justicia y de la inocencia! ¡Donosa idea era la que Pilatos tenía de la justicia y de la misión que se le confiara! Según esta idea, el proceder de Pilatos era lógico y hasta excusable; pues, según él acababa de decir, es inútil y pernicioso luchar con los hados, y con la influencia fatal del destino. ¡Donosa idea, repetimos, la que tenía aquel juez de la justicia y del elevado puesto que ocupaba!...

Y animado por esta incomprensible debilidad aquel hombre que tan severo se mostrara antes, con la voz un poco cambiada, dijo á los judíos situados en la plaza:

— Yo he interrogado á Jesús de Nazareth: héle preguntado largamente, y no hallo en él crimen alguno de todos cuantos le acusáis; y no solo no hallo crimen en él, sino que tampoco sé ver nada de reprehensible en su conducta.

Ante esta manifestación solemne de la inocencia de Jesús, hecha en público por Pilatos, el furor y la rabia de los enemigos de Cristo llegó á su colmo. Ellos esperaban sin duda una resistencia más ó menos acentuada por parte del pretor, mas en el fondo de sus corazones, tal vez no había uno que dudara de la suerte que esperaba al divino Nazareno, porque aquellos rabiosos enemigos del Salvador, esperaban á su vez vencer de una ó de otra manera la resistencia, que á sus desesperados esfuerzos opusiera Pilatos. Júzguese, pues, con que despecho y rabia oirían de los labios del gobernador romano, el testimonio público que daba de la inocencia inmaculada del divino acusado; júzguese de la tempestad que estallaría de pronto dentro del recinto

de la plaza, donde congregados se hallaban tantos corazones que comprimian los vapores de la mas desenfrenada pasion.

La plaza del pretorio parecia el cráter de un volcan en el momento en que entre el trueno y el rayo, vomita sobre la tierra torrentes de lava abrasadora, parecia el mar Atlántico irritado por el mismo Satanás, y arrojando sus olas turbulentas contra la tierra atemorizada por tan imponentes iras, y bramidos tan aterradores.

En aquel momento los judíos de la plaza no se acordaban de nada mas, que de la afirmacion rotunda que acababa de salir de los labios de Pilatos, en favor de la inocencia de Jesucristo. Aquella afirmacion en su concepto, no solo iba á privarles del gusto inefable de la venganza, poniendo en libertad á Jesús, sino que iba á ponerles en evidencia á los ojos del pueblo que tenian fanatizado: ¿qué tiene de extraño que los príncipes de la sinagoga y todos sus satélites, olvidándose del poder de Roma que podia aplastarles con solo mover la mano, se levantaran en cierta manera contra ese poder, y rugieran como el cráter de volcan en el momento de la erupcion, ó como las olas de Atlante agitadas por el mismo Satanás?

¿Veian ellos acaso otra cosa, fuera de la venganza tan apetecida, tan suspirada, que se les iba á escapar de las manos? ¿Veian ellos otra cosa que la humillacion, que necesariamente debia sobrevenirles en el hecho de poner Pilatos en libertad á Jesucristo? ¿Qué les importaba ya la vida, si antes de morir podian hacer perecer al Redentor? ¿Qué les importaba á ellos el bien de la patria, que tal vez comprometian con sus tumultuosos arranques de ira, si á costa de ese bien podian lograr no sufrir la terrible humillacion que acaso columbraban en lontananza, humi-

llacion que resultara lógica del hecho de poner el romano en libertad al Salvador del mundo? ¿Qué le importa la propia vida y el bien de la patria, al que se halla subyugado por los tempestuosos arranques de una pasion tumultuosa y arraigada?

Una sola voz, potente, ronca, tenebrosa, fiera y borrosa como el rugido del huracan que se aproxima, fue pronunciada entre los sacerdotes, y llegó en un momento al otro extremo de la plaza. Aquella voz era el grito de guerra, y aquel grito acababa de darle el viejo y apasionado Anás.

El mal sacerdote dijo, sin recatarse ya de que Pilatos le oyera:

—Hoy se juega el todo por el todo... Es preciso, pues, que muramos aquí todos nosotros, ó que perezca el maldito Nazareno!

Y dicho esto, la multitud, como si cediera á un impulso dado por el mismo infierno, arremolinóse silenciosa y sombría; apiñóse en torno de los príncipes de la Sinagoga, y amenazadora, compacta, fiera, dispuesta á jugarlo todo, formó como un solo cuerpo.

Anás, halagado con semejante éxito, y juzgando tener bastante bien guardadas las espaldas, levantó fieramente la cabeza y puso en Pilatos los sanguinolentos ojos, como si hablara de potencia á potencia. En aquel momento creyó notar en el rostro del pretor algunas señales de espanto; tal vez pensó que se hallaba ya acobardado, y creyendo haber conseguido la victoria en aquel satánico empeño, levantando la voz ronca é irritada, dijo al romano, no ya en tono del que pide, sino con el acento del que manda:

—Con sus doctrinas turbulentas y sediciosas, el Nazareno desenfrena al pueblo en toda la Judea, desde Galilea

á Jerusalem. Él dirá lo que quiera; él te referirá lo que le convenga, pero tú no puedes ni debes preferir el testimonio de un criminal, interesado en parecer inocente para salvar su vida, al testimonio de todos los hombres honrados que vienen aquí para acusarle. Nosotros somos mas dignos de crédito de lo que lo es el reo.

La fiereza y el tono con que Anás acababa de hablar, excitaron bastante las pasiones de Pilatos, que, como sabemos empezaban á menguar, así es, que aquella salida intempestiva é imprudente del viejo sacerdote, fue para con el pretor, como la imprudencia del cazador que despierta al leon antes de disparar el tiro que le debe herir de muerte.

Pilatos, pues, herido por las palabras de Anás, erguió fiero y altivamente la cabeza, puso en Anás una mirada llena de irritacion, y luego dijo al viejo pontífice con sombría y pavorosa calma, que hizo estremecer al padre de Eleazar, aun á pesar suyo:

—Parece, viejo sacerdote, que echas en olvido quién soy yo, y cuáles son mis atribuciones; parece que tú y la gavilla de alborotadores os habeis propuesto á promover un motin, ú obligarme á que yo, pretor del romano imperio, me convierta en dócil y menguado instrumento de vuestras degradantes pasiones y repugnantes venganzas... pues bien, viejo sacerdote: — continuó bajando un poco la voz y con calma mas amenazadora; — sabe que Pilatos no se presta á convertirse en instrumento de venganza de judíos apasionados; sabe, viejo sacerdote, que para esos judíos apasionados, que quieren convertirme en instrumento de su venganza, y que piensan obligarme apelando á medios que desprecia un soldado, sabe que para hacer entrar en razon á los turbulentos, tengo á mis órdenes los soldados

del imperio, y para garantir la justicia de mis fallos tengo una conciencia algo mas recta que la tuya... Sabe esto, viejo Anás, y no lo olvides nunca, porque la paciencia se acaba, y ni Roma ni Pilatos sufrirán nunca una imposicion como la que pretendes... Ya lo repito, Jesús es inocente, y en testimonio de su inocencia en todo cuanto le acusais, no solo hay lo que él en su favor ha declarado, sino que existe tambien la seguridad que tiene el pretorio de que no es lo que vosotros, por odios menguados, que-reis que sea.

Anás al oír el tono amenazador y resuelto de Pilatos; al enterarse de las rotundas afirmaciones y severas amenazas del Pretor, conoció que habia cometido una insigne torpeza, y se arrepintió cordialmente de ella, mas no era tiempo ni ocasion oportuna para demostrar su arrepentimiento, y por consiguiente, léjos de hacerlo así, y siguiendo su máxima de que debia jugarse el todo por el todo, pensó que lo mas oportuno y prudente era seguir desempeñando el papel que habia empezado á representar. De consiguiente, habiendo dado ya el primer paso en el camino deleznable de la audacia, no era prudente, y hasta no le era decoroso retroceder.

Verdad es, que recorriendo aquella pendiente resbaladiza y llena de peligros, podia muy fácilmente hallarse el viejo con la muerte, en una de las explosiones de la furia de Pilatos, pero tambien era verdad que, si Anás permanecia firme, y seguia avanzando con audacia, esta audacia que podia acarrearle la muerte, era el único medio para conseguir la de Jesucristo. Y á la verdad, ¿qué le importaba al viejo la muerte, si no conseguia hacer morir al Salvador? pero si conseguia la muerte del divino Nazareno, Anás quedaba con vida, y convertido en héroe de aquella

hazaña infernal, y digna tan solo de Satanás, venia tambien á ser el hombre necesario del pueblo de Judá, y tal vez el domador del fiero ímpetu de los gobernadores romanos.

Así las cosas, ¿cómo podia Anás dejar de correr espontáneamente aquel albur, en el que si Pilatos se mantenia firme, moria irremisiblemente el viejo sacerdote, y si se mostraba débil, moria el mismo Hijo de Dios? Luzbel en persona agitaba al malvado pontífice, y Luzbel dióle ánimo para seguir adelantando por el terreno deleznable en que se habia colocado.

Así, pues, gritando, y con la misma altanería, repitió el menguado y viejo sacerdote:

— Á pesar de cuanto el sedicioso te haya dicho en su defensa, nosotros sostenemos que es un eterno perturbador del orden, y que con sus doctrinas alborota el pueblo desde Galilea á Jerusalem. Examínalo bien, y verás cuán ciertas resultan nuestras acusaciones, y cuán capciosas son sus respuestas.

— Conozco mis deberes, y no sois vosotros quien debe darme lecciones de cómo debo desempeñar mi cometido, lecciones que no permitiré se repitan, porque no permito tampoco que nadie se ingiera en los asuntos que solo á mí me corresponden, y en todo aquello que hace referencia á mi dignidad y á mi honor.

— No he pretendido darte leccion alguna, pero mi calidad de acusador me autoriza á desenmascarar al reo, para que apareciendo tal como es, pueda la ley caer inflexible sobre el culpable.

— Pero el acusador no puede ni debe hablar delante del juez, con la audaz altanería con que lo haces tú.

— Con altanería no he hablado, con energía sí, porque

viéndote dispuesto á poner en libertad á Jesús de Nazareth, temo por la patria, y este temor me obliga á espresarme con alguna mas fuerza de la que es de costumbre en mí:— insistió Anás, sin ceder un paso.

— Pues bien; tú y los tuyos dad otro carácter á vuestra *estraña energía*; — y aquí recargó Pilatos el acento de una manera particular, — si no quereis que encargue á los soldados de Roma la terminacion de ese asunto; si no quereis que las lanzas del imperio os den á su vez una leccion, acerca la manera como los acusadores deben presentarse delante del pretorio. Esta leccion espero que no la olvidaréis, y por consiguiente que no me pondréis en el caso de dáosla de otra manera.

De buena gana Anás hubiera retrocedido, á serle fácil, pero habia andado tanto, que no era posible hacerlo. El viejo sacerdote debia sostenerse firme en el terreno resbaladizo en que se colocara, so pena de perderlo todo, y con ello, tambien la vida. Este era al menos el concepto que de la situacion habia formado, y segun este concepto, Anás debia sostenerse firme contra viento y marea, ó caer envuelto en un sudario.

— Ya he dicho, — contestó á Pilatos, — que no pretendemos inferirte agravio alguno, y no esperábamos de tu parte una actitud tan agresiva, cuando hechos centinelas, en nuestra patria, de los intereses de Roma, venimos aquí atentos solo á la salud del imperio.

— ¡Estraño interés por cierto! — balbuceó Pilatos con pronunciado sarcasmo y risa irónica.

— ¿Somos acaso nosotros el único pueblo amigo de Roma?

— Lo que sois es el pueblo mas sedicioso é inquieto de todos cuantos forman el imperio. ¿Ha habido acaso algun

año, en que no le haya sido preciso á Roma tomar las armas contra vosotros?

— Para evitar eso venimos aquí, — exclamaron Anás, Caifás y Onkelos.

— Y venís, no como quien suplica, sino como quien amenaza. Estraña manera es ésa de reprimir sediciones, y demostrar á Roma la amistad de que me acabais de hablar.

— Y estraña manera es tambien la tuya, de demostrar que miras con el interés que debes los intereses de Roma, confiados á tu cuidado, — guturó Onkelos, no pudiendo contenerse mas.

— ¿Quién me acusa aquí? — gritó Pilatos montado en cólera.

— Nadie te acusa; lo que sí se hace, es estrañar tu conducta. Tiberio te ha puesto en Judea para mantenerla adicta á Roma, y si perdonas al sedicioso mas temible de esta tierra, ¿de qué manera respondes á la confianza que ha hecho de tí el emperador? — contestó con igual altanería Onkelos al grito de Pilatos.

Pilatos miró al fariseo con la saña de la pantera. Aquella mirada de fiereza indomable, sostúvola el judío con una tenacidad, con una fiereza de todo punto indefinibles.

Pero Pilatos empezó á temer. El nombre del implacable Tiberio acababa de resonar allí, y el pretor conocia bien al déspota del mundo, para que no sintiera escalofríos al oírle en boca de los irritados hebreos, y tratándose de un hombre como Jesucristo, á quien se acusaba de sedicioso, á quien se acusaba de promover un levantamiento en Judea contra Roma.

¿Qué importaba que el pretor tuviese la seguridad de que Jesús era del todo inocente, si sabia que el desconfiado emperador pagaba en todas partes espías secretos

para que le informasen de todos los actos de los gobernadores de las provincias? ¿Qué importaba que Jesucristo se viera acusado, no por causa de sus crímenes (pues no podia tenerlos), sino por efecto de la violenta pasión que los judíos alimentaban contra su divina virtud; qué importaba esto, repetimos, si Pilatos sabía que los espías secretos de Tiberio se hallaban presentes allí, escuchaban las acusaciones de los hebreos contra Jesús, y aquellas acusaciones, aunque mentidas, podian volverse contra el pretor, cuando llegarian á oídos del jefe del romano imperio?

No sin razon, pues, Pilatos se puso á temblar oyendo como Onkelos mezclaba en aquel asunto el nombre de Tiberio, y la manera como le acusaba de traicion á los intereses de Roma.

El malvado fariseo conocia harto la cuestion, para no colocarla en el terreno que la vemos, y Pilatos no pudo hacer ya otra cosa que mirar fieramente al fariseo, y formar tal vez algun propósito de tenebrosa venganza.

Miró la fortaleza Antonia que á su izquierda se levantaba imponente, y la mirada del pretor era tan fiera, tan irritada, que los príncipes de la sinagoga se pusieron á temblar.

¿Qué significaba aquella mirada? Una amenaza sin duda, pero una amenaza de aquellas, que podian hacer llorar lágrimas de sangre á la ciudad de Jerusalem.

Pilatos, montado en cólera, sombrío como una noche tempestuosa, y despidiendo rayos de ira por los ojos, separóse del balcon, sin proferir una sola palabra.

La actitud del pretor acabó de intimidar á la gran mayoría, y hasta el malvado Caifás, temiendo gravísimos males, dijo á Onkelos con voz amedrentada:

— ¿Qué habeis hecho?

Onkelos, con infinita satisfaccion, respondió:

— Acabo de enfrenar la fiera.

— Acabais de abrirle la jaula para que se arroje sobre la ciudad, y nos despedace á todos, — musitó Helquías, tan malvado como temeroso.

— Allá verémos, espíritus pacaos, allá verémos, — repuso Onkelos sonriendo, cada vez mas satisfecho, y gozando, al considerar que era de los pocos que entendian á Pilatos.

Anás, que tampoco comprendia el paso que Onkelos acababa de dar; Anás, que á pesar de su audacia, temia la mirada que Pilatos dirigiera á la fortaleza Antonia, y el pauroso silencio con que el pretor se retirara del balcon; Anás, digo, encogiéndose de hombros habló así:

— ¡Pues qué! ¿No jugamos el todo por el todo? Habeis hecho bien, Onkelos; habeis hecho bien.

— Por eso que jugamos el todo por el todo, ahora os digo que la partida está ganada.

— ¡Ojalá! — balbuceó Anás con aparente indiferencia.

— ¡Ojalá! — repitieron todos con temerosa duda.

— El tiempo y los acontecimientos lo dirán. No lo dudeis; acabo de amarrar la fiera, — replicó Onkelos con un admirable tono de seguridad que desesperaba á muchos.

— ¡Ojalá! — musitaron algunos con duda.

— ¡Pobres de nosotros! — balbucearon otros mas temerosos.

CAPITULO VII.

De Pilatos á Herodes.

Al retirarse del balcon el pretor romano iba diciendo:

— ¡Oh! temo que acaben por vencerme; temo que me obligarán á cometer una grande injusticia, pero si ese extremo llega, por Vénus y por Baco les juro que la Judea ha de acordarse de mí, y que los hebreos todos llorarán con lágrimas de sangre la violencia que en la presente ocasion me hagan. Acusar á Jesús de Nazareth de sedicioso; acusarle poco menos que de haber promovido la rebelion que estalló el año pasado en Galilea, cuando no existe en todo Israel hombre mas pacífico y mas inocente!... Por Júpiter y Marte! yo les vuelvo á jurar, que si me colocan en la dura alternativa de condenar á Jesús, ó de perder la confianza de Tiberio, Jesús caerá, pero Israel, todo Israel será el teatro de mis venganzas implacables... En tanto, luchemos aun para evitar una víctima mas al patíbulo, y luchemos hasta el último extremo, porque esta no es solo cuestion de humanidad, sino que lo es tambien de honra para mí.

Y diciendo esto, llegó de nuevo al lugar donde Jesús permanecia desde el momento que lo introdujo Cornelio en el salon del tribunal.

El divino Salvador, humilde y digno como siempre, siempre guardando el noble aspecto de los mártires, obra-